

*Marie Balmary*  
*Daniel Marguerat*

IREMOS TODOS AL PARAÍSO  
EL JUICIO FINAL EN CUESTIÓN

*Traducción de Mayka Lahoz*

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original	NOUS IRONS TOUS AU PARADIS
Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 21
Primera edición	SEPTIEMBRE DEL 2013
Producción editorial	IGNASI MORETA
Producción gráfica	INÈS CASTEL-BRANCO
Ilustración de la cubierta	«EL ÁRBOL DE LA VIDA», GUSTAV KLIMT
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, SA
© 2012	ÉDITIONS ALBIN MICHEL por el texto
© 2013	MAYKA LAHOZ BERRAL por la traducción del francés
© 2013	FRAGMENTA EDITORIAL por esta edición
Depósito legal	B. 20.723-2013
ISBN	978-84-92416-79-0



Generalitat de Catalunya  
Departament de Cultura

Con el apoyo del Departament de Cultura

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	7
I ESTRÉPITO <i>Daniel Marguerat</i>	13
II FUEGO <i>Marie Balmary</i>	35
III MISTERIO DEL PRÓJIMO <i>Daniel Marguerat</i>	57
IV JUICIO INICIAL <i>Marie Balmary</i>	81
V NACIMIENTO DEL SUJETO <i>Daniel Marguerat</i>	101
VI BÚSQUEDA DEL DÍA <i>Marie Balmary</i>	121
VII ETERNIDAD <i>Daniel Marguerat</i>	141
VIII GLORIA <i>Marie Balmary</i>	163
<i>Conclusión</i>	183

## PRÓLOGO

*Daniel Marguerat*

EL JUICIO FINAL ya no está de moda. Si hay un producto que un asesor en mercadotecnia haría retirar inmediatamente del escaparate del cristianismo, es ese. La idea de un Dios Juez ya no es vendible hoy. El tema, por otra parte, ha sido progresivamente retirado del discurso oficial en beneficio de un Dios todo amor. El Dios simpático, he aquí un eslogan que vende, aconsejaría nuestro asesor a los representantes de un cristianismo preocupado por la disminución de sus efectivos. ¿Por qué cargar aún con lo que se parece a un pecio herrumbroso, recuerdo de combates de otros tiempos, en que los descreídos eran amenazados con los rayos celestiales si no se convertían antes del óbito?

Una canción de Michel Polnareff parece tener la última palabra:

Todo el mundo al paraíso, tú y yo.

Seamos bendecidos, seamos maldecidos, todo el mundo...<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «On ira tous au paradis, toi et moi | Qu'on soit béni, qu'on soit maudit, on ira...»

Esa canción suena como una bofetada para los que aún se permitirían asustar las conciencias reactivando los terrores de antaño. ¡A las mazmorras de la historia, esa funesta idea de una comparecencia ante un tribunal celestial! «Todo el mundo al paraíso» expulsa a las tinieblas de la historia los eslóganes del tipo «Os asaréis en el infierno».

Es cierto que nuestra cultura todavía se estremece con las grandes angustias medievales. Porque la Edad Media no escatimó en la dramatización del Juicio Final. Alimentadas con el terror a las epidemias, a las guerras interminables, a las hambrunas, a la muerte que merodea, las representaciones del fin de los tiempos intentaban exorcizar esas desgracias que atormentaban las conciencias. Los pórticos de las iglesias románicas (Autun, Vézelay, Moissac, Conques) anunciaban claramente el mensaje: ¡temblad, mortales! Bajo un Cristo majestuoso en su mandorla, rodeado de los apóstoles alineados cerca de su trono como unos asesores, desfilan cortejos humanos. A su derecha, los elegidos convergen hacia un paraíso que destila calma y armonía. A su izquierda, el infierno repleto de demonios inmundos se traga los cuerpos postrados de los condenados. Eso sí que es un pecador advertido: ¡el horror le pisa los talones!

Esa retórica del terror se asentaba con una precisa intención: ejercer presión sobre los fieles a fin de mantener su pertenencia al rebaño de los elegidos. Para los «malos» solo había una salida: obtener *in extremis* el perdón de sus crímenes; la Iglesia vendía la salvación a un precio muy alto. La mercantilización de la felicidad eterna ha conocido siglos de éxito.

El espíritu moderno se rebeló contra esos excesos medievales. Se considera, no sin razón, que semejante imaginaria hay que tomarla como la exhibición de terrores populares

cuya exploración interesa más al psicoanálisis que a la teología. Los teólogos han ido más lejos, haciendo observar que las representaciones de las desgracias infernales no tienen nada de bíblico. Lo veremos: ni las descripciones de los tormentos de los réprobos ni la idea de un purgatorio pueden legitimarse con un fundamento bíblico.

Además del carácter no bíblico de esas escenificaciones del horror, una objeción más fundamental se ha alzado contra la noción de un Dios Juez. Tal objeción procede del centro mismo de la revelación bíblica, y especialmente del Nuevo Testamento. ¿No se proclama a Dios, en primer lugar y esencialmente, como un Dios que ama a los suyos? ¿No se focaliza el mensaje de Jesús en la revelación de la infinita compasión de un Dios «que hace salir su sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45)?<sup>2</sup> Por eso, salvo en el caso de algunas sectas excitadas, el discurso «teológicamente correcto» se ha replegado hoy sobre un Dios todo amor.

¿Pero realmente hay que escoger entre el Dios Juez y el Dios Salvador? ¿Es preciso, puesto que el primero ya no es vendible, buscar el éxito del cristianismo aferrándose al segundo como a un salvavidas? Afrontar esa pregunta, sin esquivarla, tal es el desafío de este libro. Y, ya que los terrores del Juicio se alimentan de nuestras angustias ante un Dios Superpolicía, ¿el diálogo más fecundo no es el del teólogo y la psicoanalista?

<sup>2</sup> Las citas bíblicas se dan de acuerdo con la versión de La Casa de la Biblia, salvo en los fragmentos en los que es importante seguir la traducción ofrecida por los autores. En el original francés los autores trabajan prioritariamente con la *Traduction œcuménique de la Bible (TOB)*. (N. de la T.)

*Marie Balmory*

¿Por qué volver hoy al tema del Juicio Final, del que, a primera vista, nuestra época ha conseguido librarse? Si Daniel Marguerat y yo nos arriesgamos a abordar de frente semejante pregunta, ciertamente contracultural, aun a riesgo —pues— de desagradar a nuestros contemporáneos, quizá haya que decir, si no la razón de ello, sí al menos la ocasión: decir cómo hemos llegado a escribir a dos voces sobre semejante tema.

Ya lo afrontamos juntos. Este libro está relacionado con una breve experiencia: una conferencia que impartimos un día de mayo del 2006 en Crêt-Bérard (Suiza), conferencia a dos voces ella también, en torno a un tema ya apenas de moda —aunque nos proporcionó un importante auditorio. Un tema difícil, pero en este caso inevitable para cualquier persona, sea o no creyente: la muerte. En el transcurso de nuestro diálogo público habíamos llegado, hacia el final del día, a esto que yo resumo en unas palabras: suponiendo que Dios exista y que haya un Juicio Final después de la muerte, ¿cómo nos lo imaginamos? Y Daniel Marguerat había dicho entonces, creo recordarlo bien, lo que acaba de retomar aquí: «Dios se pronunciará sobre la verdad de cada uno: para su felicidad o para su vergüenza.»

Esa última palabra, *vergüenza*, me había sobresaltado e impelido a dar un grito de protesta tan vivo que el público se había echado a reír. Nosotros reímos también. Nuestro público esperaba entonces, a la vez con interés y con humor, que uno y otro nos explicáramos sobre ese punto, y desde luego el humor sobre semejante tema era un buen comienzo. Pero no podíamos profundizar en tal cuestión en el poco

tiempo que quedaba, teniendo en cuenta que para ello haría falta, seguramente, algo más que humor.

Ese incidente nos dejó a los dos sumidos en un cierto asombro: si teníamos —si tenemos, creo— numerosos puntos de acuerdo, y puntos esenciales, ¿cómo podíamos encontrarnos de repente en dos campos a simple vista tan opuestos?

Nos iba a ser necesario volver cada uno a su casa, dejar pasar el tiempo y el trabajo de reflexión. Volver también, por supuesto, a los textos bíblicos relativos al Juicio y ver si no podrían abrirse de otra manera, si no podrían, tal vez, bascular. Nos prometimos volver a hablar de ello o, mejor dicho, al residir uno en Suiza y la otra en Francia, escribir una *disputatio* sobre ese tema.

Después de un tiempo bastante largo, se confirmó que nuestro interés por el tema no había desaparecido. Y es verdad que semejante cuestión, una vez planteada, no corre peligro de desaparecer. Porque, prestemos o no atención a ella, una cosa sigue siendo absolutamente cierta para todos nosotros, los humanos. Estamos ante una doble eventualidad:

- o bien no hay, después de la muerte, más que la nada, y en ese caso no merece la pena buscar más, este libro se queda sin objeto;
- o bien habría, con la muerte, un tránsito hacia un más allá misterioso, y seguramente una etapa que franquear del orden del juicio.

Para intentar pensar eso, nuestras culturas se han basado en las Escrituras bíblicas, judías y cristianas. Nos parece posible situar en nuestra época esa cuestión, interrogar nuevamente los textos e interrogarnos uno a otro respecto a ese tema.